

Selección de poemas de sor Juana Inés de la Cruz

REALIZADORA: María Querol Bataller

Email: mqbataller@gmail.com

La organización temática sigue la clasificación establecida por González Boixo (2007), aunque no todas las composiciones seleccionadas se encuentran en dicha edición. Algunos no incluidos en la edición de González Boixo (2007); se han extraído de la edición de García Infanzón (1689), cotejados con la edición crítica de Sabat de Rivers (1982), accesible en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Concretamente son:

1.9) Décima

Describe, con énfasis de no poder dar la última mano a la pintura, el retrato de una belleza.

2.4) Romance

Coplas para música, en festín de cumplimiento de años de su majestad.

2.5) Décima

Memorial a un juez, pidiéndole por una viuda que la litigaban la vivienda.

3.5) Soneto

A la sentencia que contra Cristo dio Pilatos: y aconseja a los jueces que antes de firmar fiscalicen sus propios motivos

5.5) Soneto

Inés, cuando te riñen por bellaca.

5.6) Soneto

Jocoso, a la rosa.

1) Poesía amorosa

1.1) Soneto

Resuelve la cuestión de cuál sea pesar más molesto en encontradas correspondencias, amar o aborrecer.

Que no me quiera Fabio, al verse amado,

es dolor sin igual en mi sentido;

mas, que me quiera Silvio aborrecido,

es menor mal, mas no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará cansado 5

si siempre le resuenan al oído,

tras la vana arrogancia de un querido,

el cansado gemir de un desdeñado?

Si de Silvio me cansa el rendimiento,

a Fabio canso con estar rendida; 10

si de este busco el agradecimiento,

a mí me busca el otro agradecida:

por activa y pasiva es mi tormento,

pues padezco en querer y en ser querida.

1.2) Soneto

Prosigue el mismo asunto, y determina que prevalezca la razón contra el gusto.

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor, hallo diamante, 5
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata,
y mato a quien me quiere ver triunfante.

Si a este pago, padece mi deseo;
si ruego a aquel, mi pundonor enojo: 10
de entrambos modos infeliz me veo.
Pero yo por mejor partido escojo,
de quien no quiero, ser violento empleo,
que de quien no me quiere, vil despojo.

1.3) Soneto

Continúa el asunto, y aun le expresa con más viva elegancia.

Feliciano me adora y le aborrezco;
Lisardo me aborrece y yo le adoro;
por quien no me apetece ingrato, lloro,
y al que me llora tierno no apetezco.

A quien más me desdora, el alma ofrezco; 5

a quien me ofrece víctimas, desdoro;

desprecio al que enriquece mi decoro,

y al que le hace desprecios, enriquezco.

Si con mi ofensa al uno reconvengo,

me reconviene el otro a mí ofendido; 10

y a padecer de todos modos vengo,

pues ambos atormentan mi sentido:

aqueste con pedir lo que no tengo,

y aquel con no tener lo que le pido.

1.4) Soneto

Un celoso refiere el común pesar que todos padecen, y advierte a la causa, el fin que puede tener la lucha de afectos encontrados.

Yo no dudo, Lisarda, que te quiero,

aunque sé que me tienes agraviado;

mas estoy tan amante y tan airado,

que afectos que distingo no prefiero.

De ver que odio y amor te tengo, infiero 5

que ninguno estar puede en sumo grado,

pues no le puede el odio haber ganado

sin haberle perdido amor primero.

Y si piensas que el alma que te quiso

ha de estar siempre a tu aflicción ligada, 10

de tu satisfacción vana te aviso.

Pues si el amor al odio ha dado entrada,

el que bajó de sumo a ser remiso

de lo remiso pasará a ser nada.

1.5) Soneto

Aunque en vano, quiere reducir a método racional el pesar de un celoso.

¿Qué es esto, Alcino? ¿Cómo tu cordura

se deja así vencer de un mal celoso,

haciendo con extremos de furioso

demostraciones más que de locura?

¿En qué te ofendió Celia, si se apura? 5

¿O por qué al amor culpas de engañoso,

si no aseguró nunca poderoso

la eterna posesión de su hermosura?

La posesión de cosas temporales,

temporal es, Alcino, y es abuso 10

el querer conservarlas siempre iguales.

Con que tu error o tu ignorancia acuso,
pues Fortuna y Amor, de cosas tales
la propiedad no han dado, sino el uso.

1.6) Soneto

Que contiene una fantasía contenta con amor decente.

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.
Si el imán de tus gracias, atractivo, 5
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasonar no puedes, satisfecho,
de que triunfa de mí tu tiranía: 10
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pechos
si te labra prisión mi fantasía.

1.7) Soneto

Que da medio para amar sin mucha pena.

Yo no puedo tenerte ni dejarte,
ni sé por qué, al dejarte o al tenerte,
se encuentra un no sé qué para quererte
y muchos sí sé qué para olvidarte.
Pues ni quieres dejarme ni enmendarte,
yo templaré mi corazón de suerte
que la mitad se incline a aborrecerte,
aunque la otra mitad se incline a amarte.
Si ello es fuerza querernos, haya modo,
que es morir el estar siempre riñendo:
no se hable más en celo y en sospecha,
y quien da la mitad, no quiera el todo;
y cuando me la estás allá haciendo,
sabe que estoy haciendo la deshecha.

1.8) Lira

Que expresan sentimientos de ausente.

Amado dueño mío,
escucha un rato mis cansadas quejas,

pues del viento las fío
que breve las conduzca a tus orejas,
si no se desvanece el triste acento 5
como mi esperanza en el viento.

Óyeme con los ojos,
ya que están tan distantes los oídos
y de ausentes enojos
en ecos, de mi pluma mis gemidos; 10
y ya que a ti no llega mi voz ruda,
óyeme sordo, pues me quejo muda.

Si del campo te agradas,
goza de sus frescuras venturosas,
sin que aquestas cansadas 15
lágrimas te detengan, enfadosas;
que en él verás, si atento te entretienes,
ejemplo de mis males y mis bienes.

Si el arroyo parlero
ves, galán de las flores en el prado, 20
que, amante y lisonjero,
a cuantas mira íntima su cuidado,
en su corriente mi dolor te avisa

que a costa de mi llanto tienes risa.

Si ves que triste llora 25

su esperanza marchita, en ramo verde,

tórtola gemidora,

en él y en ella mi dolor te acuerde,

que imitan, con verdor y con lamento,

él a mi esperanza y ella mi tormento. 30

Si la flor delicada,

si la peña, que altiva no consiente

del tiempo ser hollada,

ambas me imitaban, aunque variamente,

ya con fragilidad, ya con dulzura, 35

mi dicha aquella y esta mi firmeza.

Si ves el ciervo herido

que baja por el monte acelerado,

buscando, dolorido,

alivio al mal en un arroyo helado, 40

y sediento al cristal se precipita,

no en el alivio, en el dolor me imita.

Si la liebre encogida

huye medrosa de los galgos fieros,

y por salvar la vida 45

no deja estampa de los pies ligeros,
tal mi esperanza, en dudas y recelos,
se ve acusada de villanos celos.

Si ves el cielo claro,
tal es la sencillez del alma mía; 50

y si, de luz avaro,
de tinieblas emboza el claro día,
es con su oscuridad y su clemencia
imagen de mi vida en esta ausencia.

Así que, Fabio amado, 55

saber puedes mis males sin costarte
la noticia cuidado,
pues puedes de los campos informarte;
y pues yo a todo mi dolor ajusto,
saber mi pena sin dejar tu gusto. 60

Mas ¿cuándo, ¡ay, gloria mía!,
mereceré gozar tu luz serena?

¿Cuándo llegará el día
que pongas dulce fin a tanta pena?

¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto, 65

y de los míos quitarás el llanto?

¿Cuándo tu voz sonora

herirá mis oídos, delicada,

y el alma que te adora,

de inundación de gozos anegada, 70

a recibirte con amante prisa

saldrá a los ojos desatada en risa?

¿Cuándo tu luz hermosa revestirá de glorias mis sentidos?

¿Y cuándo yo, dichosa, 75

mis suspiros daré por bien perdidos,

teniendo en poco el precio de mi llanto,

que tanto ha de penar quien goza tanto?

¿Cuándo de tu apacible

rostro alegre veré el semblante afable 80

y aquel bien indecible,

a toda humana pluma inexplicable,

que mal se ceñirá a lo definido

lo que no cabe en todo lo sentido?

Ven, pues, mi prenda amada: 85

que ya fallece mi cansada vida

de esta ausencia pesada;

ven, pues: que mientras tarda tu venida,
aunque me cueste su verdor enojos,
regaré mi esperanza con mis ojos. 90

1.9) Décima

Describe, con énfasis de no poder dar la última mano a la pintura, el retrato de una belleza.

Tersa frente, oro el cabello,
cejas arcos, zafiro ojos,
bruñida tez, labios rojos,
nariz recta, ebúrneo cuello;
talle airoso, cuerpo bello, 5
cándidas manos en que
el cetro de amor se ve,
tiene Fili; en oro engasta
pie tan breve, que no gasta
ni un pie. 10

2) Poesía de circunstancias

2.1) Soneto

En la muerte de la excelentísima señora marquesa de Mancera.

De la beldad de Laura enamorados

los cielos, la robaron a su altura,
porque no era decente a su luz pura,
ilustrar estos valles desdichados;
o porque los mortales, engañados 5
de su cuerpo en la hermosa arquitectura,
admirados de ver tanta hermosura,
no se juzgasen bienaventurados.
Nació donde el oriente el rojo velo
corre, al nacer al astro rubicundo, 10
y murió donde, con ardiente anhelo,
da sepulcro a su luz el mar profundo;
que fue preciso a su divino vuelo,
que diese como sol la vuelta al mundo.

2.2) Romance

No habiendo logrado una tarde ver al señor virrey, marqués de la Laguna, que asistió en las Vísperas del convento, le escribió este romance.

Si daros los buenos años,
señor, que logréis felices,
en las Vísperas no pude,
recibidlos en Maitines.

Nocturna, mas no funesta, 5

de noche mi pluma escribe,

pues para dar alabanzas,

hora de Laudes elige.

Valiente amor contra el suyo

hace, con dulces ardides, 10

que para daros un día,

a mí una noche me quite.

No parecerá muy poca

fineza, a quien bien la mire,

el que vele en los romances, 15

quien se duerme en los latines.

Lo que tuviere de malo

perdonad, que no es posible

suplir las purpúreas horas

las luces de los candiles; 20

y más del mío, que está

ya tan in agone, el triste,

que me moteja de loca,

aunque me acredita virgen.

Mas ya de prólogo basta, 25

porque es cosa incompatible

en el prólogo alargarse

y en el asunto ceñirse.

Gocéis los años más largos

que esperanza de infelice, 30

y más gustosos que el mismo

la ajena dicha concibe.

Pasen por vos las edades

con pasos tan insensibles,

que el aspecto los desmienta 35

y el juicio los multiplique.

Vuestras acciones heroicas

tanto a la fama fatiguen

que de puro celebraros

se enronquezcan los clarines, 40

y sus vocingleros ecos

tan duradero os publiquen,

que Matusalén os ceda

y que Néstor os envidie.

Vivid, y vivid discreto, 45

que es solo vivir felice:

que dura, y no vive,
quien no sabe apreciar que vive.

Si no sabe lo que tiene
ni goza lo que recibe, 50

en vano blasona el jaspe
el don de lo incorruptible.

No en lo diuturno del tiempo
la larga vida consiste;
tal vez las canas del seso 55
honran años juveniles.

El agricultor discreto
no espera a que fructifique
el tiempo; porque la industria
hace otoños los abriles. 60

No solo al viento la nave
es bien que su curso fíe
si el ingenio de los remos
animadas velas finge.

En progresos literarios 65
pocos laureles consigue,

quien para estudiar espera

a que el sol su luz envíe.

Las canas se han de buscar

antes que el tiempo las pinte; 70

que al que las pretende, alegran,

y al que las espera, afligen.

Quien para ser viejo espera

que los años se deslicen,

ni conserva lo que tiene 75

ni lo que espera consigue,

con lo cual casi a no ser

viene el necio a reducirse;

pues ni la vejez le llega

ni la juventud le asiste. 80

Quien vive por vivir sólo,

sin buscar más altos fines,

de lo viviente se precia,

de lo racional se exime,

y aun de la vida no goza; 85

pues si bien llega a advertirse,

el que vive lo que sabe,

sólo sabe lo que vive.

Quien llega necio a pisar

de la vejez los confines, 90

vergüenza peina y no canas,

no años, afrentas repite.

En breve: el prudente joven

eterno padrón erige

a su vida, y con su fama 95

las eternidades mide.

Ningún espacio de tiempo

es corto al que no permite

que los instantes más breves

el ocio le desperdicie. 100

Al que todo el tiempo logra,

no pasa la edad flexible,

pues viniendo la presente,

de la pasada se sirve.

Tres tiempos vive el que atento, 105

cuerdo, lo presente rige,

lo pretérito contempla

y lo futuro predice.

¡Oh vos, que estos documentos
tan bien practicar supisteis 110
desde niño que ignorasteis
las ignorancias pueriles!
Tanto, que hasta ahora están
quejosos de vos los dijes,
que, a invasiones fascinantes 115
fueron muros invencibles,
de que nunca los tratasteis;
y el mismo clamor repiten
trompos, bolos y paletas,
máscaras y tamboriles; 120
pues en la niñez mostrasteis
discursos tan varoniles,
que pudo en vuestras niñeces
tomar liciones Ulises.
Recebid este romance 125
que mi obligación os rinde,
con todo lo que no digo,
lo que digo y lo que dije.

2.3) Soneto

A la muerte del señor rey Felipe IV

¡Oh, cuán frágil se muestra el ser humano

en los últimos términos fatales,

donde sirven aromas orientales

de culto inútil, de resguardo vano!

Solo a ti respetó el poder tirano, 5

¡oh gran Filipo!, pues con las señales

que ha mostrado que todos son mortales,

te ha acreditado a ti de soberano.

Conoces ser de tierra fabricado

este cuerpo, y que está con mortal guerra 10

el bien del alma en él aprisionado;

y así, subiendo al bien que el cielo encierra,

que en la tierra no cabes has probado,

pues aun tu cuerpo dejas porque es tierra.

2.4) Romance

Coplas para música, en festín de cumplimiento de años de su majestad.

Enhorabuena el gran Carlos

sus felices años cumpla:

dichosos, porque los vive;

grandes, porque los ocupa.

Enhorabuena, en obsequio 5

de su majestad augusta,

de su resplandor, ministros,

todos los astros concurren.

Enhorabuena, en su rostro

que los dos mundos ilustra, 10

brillen encendidas flores,

florecientes rayos luzgan.

Enhorabuena su mano

gloriosamente introduzca

en los dos mundos su yugo, 15

a los dos mares coyunda.

De América, enhorabuena,

huelle la cerviz robusta,

que adora, en el pie que besa,

la mano que la sojuzga. 20

Su vida, en buen hora, sea

de muchas vidas la suma,
porque como muchas dure
la que vale más que muchas.

2.5) Décima

Memorial a un juez, pidiéndole por una viuda que la litigaban la vivienda.

Juzgo, aunque os canse mi trato,
que no os ofendo, en rigor,
pues en cansaros, señor,
cumplo con vuestro mandato;
y pues este fue el contrato, 5
sufrid mis necias porfías
de escuchar todos los días
tan continuas peticiones,
que aquestas mis rogaciones
se han vuelto ya letanías. 10
Una viuda desdichada
por una casa pleitea;
y basta que viuda sea,
sin que sea descasada.
De vos espera, amparada, 15

hallar la razón propicia
para vencer la malicia
de la contraria eficacia,
esperando en vuestra gracia
que le habéis de hacer justicia. 20

3) Poesías filosóficas

3.1) Soneto

Escoge antes el morir que exponerse a los ultrajes de la vejez.

Miró Celia una rosa que en el prado
ostentaba feliz la pompa vana,
y con afeites de carmín y grana
bañaba alegre el rostro delicado;
y dijo: Goza sin temor del hado 5
el curso breve de tu edad lozana,
pues no podrá la muerte de mañana
quitarte lo que hubieres hoy gozado.
Y aunque llega la muerte presurosa
y tu fragante vida se te aleja, 10
no sientas el morir tan bella y moza:
mira que la experiencia te aconseja

que es fortuna morirte siendo hermosa
y no ver el ultraje de ser vieja.

3.2) Soneto

Quéjase de la suerte: insinúa su aversión a los vicios, y justifica su divertimento a las Musas.

En perseguirme, mundo, ¿qué interesas?

¿En qué te ofendo, cuando sólo intento poner bellezas en mi entendimiento,
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas; 5

y así, siempre me causa más contento

poner riquezas en mi entendimiento,

que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura que, vencida,

es despojo civil de las edades,

ni riqueza me agrada fementida, 10

teniendo por mejor en mis verdades,

consumir vanidades de la vida

que consumir la vida en vanidades.

3.3) Soneto

Engrandece el hecho de Lucrecia.

¡Oh famosa Lucrecia, gentil dama,
de cuyo ensangrentado noble pecho
salió la sangre que extinguió a despecho
del rey injusto, la lasciva llama!

¡Oh con cuánta razón el mundo aclama 5

tu virtud, pues por premio de tal hecho
aun es para tus sienes cerco estrecho la amplísima corona de tu fama!

Pero si el modo de tu fin violento
puedes borrar del tiempo y sus anales, 10
quita la punta del puñal sangriento
con que pusiste fin a tantos males,
que es mengua de tu honrado sentimiento
decir que te ayudaste de puñales.

3.4) Soneto

Admira con el suceso que refiere los efectos imprevenibles de algunos acuerdos.

La heroica esposa de Pompeyo altiva,
al ver su vestidura en sangre roja,
con generosa cólera se enoja
de sospecharlo muerto y estar viva.

Rinde la vida en que el sosiego estriba 5

de esposo y padre, y con mortal congoja

la concebida sucesión arroja

y de la paz con ella a Roma priva.

Si el infeliz concepto que tenía

en las entrañas Julia no abortara, 10

la muerte de Pompeyo excusaría.

¡Oh tirana Fortuna, quién pensara

que con el mismo amor que la temía,

con ese mismo amor se la causara!

3.5) Soneto

A la sentencia que contra Cristo dio Pilatos: y aconseja a los jueces que antes de firmar fiscalicen sus propios motivos

Firma Pilatos la que juzga ajena

sentencia, y es la suya ¡O caso fuerte!

quien creerá, que firmando ajena muerte,

el mismo juez en ella se condena.

La ambición de sí, tanto le enajena, 5

que con el vil temor ciego no advierte,

que carga sobre sí la infausta suerte,

quien al justo sentencia a injusta pena.

Jueces del mundo, detened la mano

aun no firméis mirad si son violencias 10

las que os pueden mover de odio inhumano.

Examinar primero las conciencias,

mirad no haga el juez recto, y soberano,

que en la ajena firméis vuestra sentencia.

3.6) Silva

Sueño¹

*Primero Sueño, que así intituló, y compuso la Madre Juana Inés de la Cruz,
imitando a Góngora*

I

Piramidal, funesta, de la tierra

nacida sombra, al cielo encaminaba

de vanos obeliscos punta altiva,

escalar pretendiendo las estrellas:

si bien sus luces bellas

¹ Aunque se desconoce la fecha exacta de composición, apareció publicado por primera vez en el segundo tomo de las *Obras* en 1692, con el título *Primero sueño*, que así intituló y compuso la madre Juana, imitando a Góngora. Sin embargo, en la *Respuesta* (1690) sor Juana hace referencia al poema con el nombre *El sueño*.

—exentas siempre, siempre rutilantes—

la tenebrosa guerra

que con negros vapores le intimaba

la pavorosa sombra fugitiva

burlaban tan distantes, 10

que su atezado ceño

al superior convexo aun no llegaba

del orbe de la diosa

que tres veces hermosa

con tres hermosos rostros ser ostenta,

quedando sólo dueño

del aire que empañaba

con el aliento denso que exhalaba;

y en la quietud contenta

de imperio silencioso, 20

sumisas sólo voces consentía

de las nocturnas aves,

tan oscuras, tan graves,

que aun el silencio no se interrumpía.

Con tardo vuelo y canto, del oído

mal, y aún peor del ánimo admitido,

la avergonzada Nictímene acecha
de las sagradas puertas los resquicios,
o de las claraboyas eminentes
los huecos más propicios 30
que capaz a su intento le abren la brecha,
y sacrílega llega a los lucientes
faroles sacros de perenne llama
que extingue, sino infama,
en licor claro la materia crasa
consumiendo, que el árbol de Minerva
de su fruto, de prensas agravado,
congojoso sudó y rindió forzado;
y aquellas que su casa
campo vieron volver, sus telas hierba, 40
a la deidad de Baco inobedientes
—ya no historias contando diferentes,
en forma sí afrentosa transformadas—,
segunda forman niebla,
ser vistas aun temiendo en la tiniebla,
aves sin pluma aladas:
aquellas tres oficiosas, digo,

atrevidas hermanas,
que el tremendo castigo
de desnudas les dio pardas membranas 50
alas tan mal dispuestas
que escarnio son aun de las más funestas:
estas, con el parlero
ministro de Plutón un tiempo,
ahora supersticioso indicio al agorero,
solos la no canora
componían capilla pavorosa,
máximas, negras, longas entonando,
y pausas más que voces, esperando
a la torpe mensura perezosa 60
de mayor proporción tal vez, que el viento
con flemático echaba movimiento,
de tan tardo compás, tan detenido,
que en medio se quedó tal vez dormido.
Este, pues, triste son intercadente
de la asombrada turba temerosa,
menos a la atención solicitaba
que al sueño persuadía;

antes sí, lentamente, 70

su obtusa consonancia espaciosa

al sosiego inducía

y al reposo los miembros convidaba

—el silencio intimando a los vivientes,

uno y otro sellando labio obscuro

con indicante dedo,

Harpócrates, la noche, silencioso;

a cuyo, aunque no duro,

si bien imperioso

precepto, todos fueron obedientes—.

El viento sosegado, el can dormido, 80

este yace, aquel quedo

los átomos no mueve,

con el susurro hacer temiendo leve,

aunque poco, sacrílego ruido,

violador del silencio sosegado.

El mar, no ya alterado,

ni aun la instable mecía

cerúlea cuna donde el sol dormía;

y los dormidos, siempre mudos peces,

en los lechos lamosos 90

de sus oscuros senos cavernosos,

mudos eran dos veces;

Y entre ellos, la engañosa encantadora

Alcione, a los que antes

en peces transformó, simples amantes,

transformada también, vengaba ahora.

En los del monte senos escondidos,

cóncavos de peñascos mal formados

—de su aspereza menos defendidos

que de su obscuridad asegurados—, 100

cuya mansión sombría

ser puede noche en la mitad del día,

incógnita aún al cierto

montaraz pie del cazador experto

—depuesta la fiereza

de unos, y de otros el temor depuesto—

yacía el vulgo bruto,

a la naturaleza

el de su potestad pagando impuesto,

universal tributo; 110

Y el rey, que vigilancias afectaba,

aun con abiertos ojos no velaba.

El de sus mismos perros acosado,

monarca en otro tiempo esclarecido,

tímido ya venado,

con vigilante oído,

del sosegado ambiente

al menor perceptible movimiento

que los átomos muda,

la oreja alterna aguda 120

y el leve rumor siente

que aun lo altera dormido.

Y en la quietud del nido,

que de brozas y lodo instable hamaca

formó en la más opaca

parte del árbol, duerme recogida

la leve turba, descansando el viento

del que le corta, alado movimiento.

De Júpiter el ave generosa

—como al fin reina—, por no darse entera 130

al descanso, que vicio considera

si de preciso pasa, cuidadosa
de no incurrir de omisa en el exceso,
a un sólo pie librada fía el peso,
y en otro guarda el cálculo pequeño
—despertador reloj del leve sueño—,
porque, si necesario fue admitido,
no pueda dilatarse continuado,
antes interrumpido
del regio sea pastoral cuidado. 140

¡Oh de la majestad pensión gravosa,
que aun el menor descuido no perdona!
Causa, quizá, que ha hecho misteriosa,
circular, denotando, la corona,
en círculo dorado,
que el afán es no menos continuado.

El sueño todo, en fin, lo poseía;
todo, en fin, el silencio lo ocupaba:
aun el ladrón dormía;
aun el amante no se desvelaba. 150

II

El conticinio casi ya pasando

iba, y la sombra dimidiaba, cuando

de las diurnas tareas fatigados

—y no solo oprimidos del afán ponderoso

del corporal trabajo, más cansados

del deleite también (que también cansa

objeto continuado a los sentidos

aun siendo deleitoso:

que la naturaleza siempre alterna 160

ya una, ya otra balanza,

distribuyendo varios ejercicios,

ya al ocio, ya al trabajo destinados,

en el fiel infiel con que gobierna

la aparatosa máquina del mundo)—;

así, pues, de profundo

sueño dulce los miembros ocupados,

quedaron los sentidos

del que ejercicio tienen ordinario

—trabajo, en fin, pero trabajo amado, 170

si hay amable trabajo—,

si privados no, al menos suspendidos,
y cediendo al retrato del contrario
de la vida, que —lentamente armado—
cobarde embiste y vence perezoso
con armas soñolientas,
desde el cayado humilde al cetro altivo,
sin que haya distintivo
que el sayal de la púrpura discierna:
pues su nivel, en todo poderoso, 180
gradúa por exentas
a ningunas personas,
desde la de a quien tres forman coronas
soberana tiara,
hasta la que pajiza vive choza;
desde la que el Danubio undoso dora,
a la que junco humilde, humilde mora;
y con siempre igual vara
(como, en efecto, imagen poderosa
de la muerte) Morfeo
el sayal mide igual con el brocado.
El alma, pues, suspensa

del exterior gobierno —en que ocupada
en material empleo,
o bien o mal da el día por gastado—,
solamente dispensa
remota, si del todo separada
no, a los de muerte temporal opresos
lánguidos miembros, sosegados huesos,
los gajes del calor vegetativo,
el cuerpo siendo, en sosegada calma,
un cadáver con alma,
muerto a la vida y a la muerte vivo, 210
de lo segundo dando tardas señas
el de reloj humano
vital volante que, si no con mano,
con arterial concierto, unas pequeñas muestras, pulsando, manifiesta lento
de su bien regulado movimiento.
Este, pues, miembro rey y centro vivo
de espíritus vitales,
con su asociado respirante fuelle
—pulmón, que imán del viento es atractivo,
que en movimientos nunca desiguales

o comprimiendo ya, o ya dilatando
el musculoso, claro arcaduz blando,
hace que en él resuelle
el que lo circunscribe fresco ambiente
que impele ya caliente,
y él venga su expulsión haciendo activo 220
pequeños robos al calor nativo,
algún tiempo llorados,
nunca recuperados,
si ahora no sentidos de su dueño,
que, repetido, no hay robo pequeño—;
estos, pues, de mayor, como ya digo,
excepción, uno y otro fiel testigo,
la vida aseguraban,
mientras con mudas voces impugnaban
la información, callados, los sentidos 230
—con no replicar solo defendidos—,
y la lengua que, torpe, enmudecía,
con no poder hablar los desmentía.
Y aquella del calor más competente
científica oficina,

próvida de los miembros dispensera,
que avara nunca y siempre diligente,
ni a la parte prefiere más vecina
ni olvida a la remota,
y en ajustado natural cuadrante 240
las cantidades nota
que a cada cual tocarle considera,
del que alambicó quilo el incesante
calor, en el manjar que— medianero
piadoso— entre él y el húmedo interpuso
su inocente substancia,
pagando por entero
la que, ya piedad sea, o ya arrogancia,
al contrario voraz, necio la expuso
—merecido castigo, aunque se excuse, 250
al que en pendencia ajena se introduce—;
esta, pues, si no fragua de Vulcano,
templada hoguera del calor humano,
al cerebro enviaba
húmedos, mas tan claros los vapores
de los atemperados cuatro humores,

que con ellos no solo no empañaba
los simulacros que la estimativa
dio a la imaginativa
y aquésta, por custodia más segura,
en forma ya más pura
entregó a la memoria que, oficiosa,
gravó tenaz y guarda cuidadosa,
sino que daban a la fantasía
lugar de que formase
imágenes diversas; y del modo
que en tersa superficie, que de faro
cristalino portento, asilo raro
fue, en distancia longísima se vían
(sin que esta le estorbase)²⁷⁰
del reino casi de Neptuno todo
las que distantes lo surcaban naves
—viéndose claramente en su azogada luna
el número, el tamaño y la fortuna
que en la instable campaña transparente
arriesgadas tenían,
mientras aguas y vientos dividían

sus velas leves y sus quillas graves—:

así ella, sosegada, iba copiando 280

las imágenes todas de las cosas,

y el pincel invisible iba formando

de mentales, sin luz, siempre vistosas

colores, las figuras

no solo ya de todas las criaturas

sublunares, mas aun también de aquellas

que intelectuales claras son estrellas,

y en el modo posible

que concebirse puede lo invisible,

en sí, mañosa, las representaba 290

y al alma las mostraba.

La cual, en tanto, toda convertida

a su inmaterial ser y esencia bella,

aquella contemplaba,

participada de alto ser, centella,

que con similitud en sí gozaba;

y juzgándose casi dividida

de aquella que impedida

siempre la tiene, corporal cadena,

que grosera embaraza y torpe impide 300

el vuelo intelectual con que ya mide

la cantidad inmensa de la esfera,

ya el curso considera

regular, con que giran desiguales

los cuerpos celestiales;

—culpa si grave, merecida pena

(torcedor del sosiego, riguroso)

de estudio vanamente juicioso—,

puesta, a su parecer, en la eminente

cumbre de un monte a quien el mismo Atlante 310

que preside gigante

a los demás, enano obedecía,

y Olimpo, cuya sosegada frente,

nunca de aura agitada

consintió ser violada,

aun falda suya ser no merecía:

pues las nubes —que opaca son corona

de la más elevada corpulencia,

del volcán más soberbio que en la tierra

gigante erguido intima al cielo guerra—,320

apenas densa zona
de su altiva eminencia, o a su vasta cintura
cíngulo tosco son, que —mal ceñido—
o el viento lo desata sacudido
o vecino el calor del sol lo apura.
A la región primera de su altura
(ínfima parte, digo, dividiendo
en tres su continuado cuerpo horrendo),
el rápido no pudo, el veloz vuelo 330
del águila —que puntas hace al cielo
y el sol bebe los rayos pretendiendo
entre sus luces colocar su nido—
llegar; bien que esforzando
más que nunca el impulso, ya batiendo
las dos plumadas velas, ya peinando
con las garras el aire, ha pretendido,
tejiendo de los átomos escalas,
que su inmunidad rompan sus dos alas.

Las Pirámides dos —ostentaciones 340
de Menfis vano, y de la arquitectura
último esmero, si ya no pendones

fijos, no tremolantes—, cuya altura
coronada de bárbaros trofeos
tumba y bandera fue a los Ptolomeos,
que al viento, que a las nubes publicaba
(si ya también el cielo no decía)
de su grande, su siempre vencedora
ciudad —ya Cairo ahora—
las que, porque a su copia enmudecía, 350
la Fama no cantaba
gitanas glorias, ménficas proezas,
aun en el viento, aun en el cielo impresas:
estas— que en nivelada simetría
su estatura crecía
con tal disminución, con arte tanto,
que (cuanto más al cielo caminaba)
a la vista, que lince la miraba,
entre los vientos se desaparecía,
sin permitir mirar la sutil punta 360
que al primer orbe finge que se junta,
hasta que fatigada del espanto,
no descendida, sino despeñada

se hallaba al pie de la espaciosa basa,
tarde o mal recobrada
del desvanecimiento
que pena fue no escasa
del visual alado atrevimiento—,
cuyos cuerpos opacos
no al sol opuestos, antes avenidos 370
con sus luces, si no confederados
con él (como, en efecto, confinantes),
tan del todo bañados
de un resplandor eran, que —lucidos—
nunca de calorosos caminantes
al fatigado aliento, a los pies flacos,
ofrecieron alfombra
aun de pequeña, aun de señal de sombra
estas, que glorias ya sean gitanas,
o elaciones profanas, 380
bárbaros jeroglíficos de ciego
error, según el griego
ciego también, dulcísimo poeta,
—si ya, por las que escribe

aquileyas proezas

o marciales de Ulises sutilezas,

la unión no le recibe

de los historiadores, o lo acepta

(cuando entre su catálogo lo cuente)

que gloria más que número le aumente—, 390

de cuya dulce serie numerosa

fuera más fácil cosa

al temido tonante

el rayo fulminante

quitar, o la pesada

a Alcídes clava herrada,

que un hemistiquio solo

de los que le dictó propicio Apolo;

según de Homero, digo, la sentencia,

las pirámides fueron materiales 400

tipos solos, señales exteriores

de las que, dimensiones interiores,

especies son del alma intencionales:

que como sube en piramidal punta

al cielo la ambiciosa llama ardiente,

así la humana mente
su figura trasunta,
y a la causa primera siempre aspira
—céntrico punto donde recta tira
la línea, si ya no circunferencia, 410
que contiene, infinita, toda esencia—.
Estos, pues, montes dos artificiales
(bien maravillas, bien milagros sean),
y aun aquella blasfema altiva torre,
de quien hoy dolorosas son señales
—no en piedras, sino en lenguas desiguales,
porque voraz el tiempo no las borre—
los idiomas diversos que escasean
el sociable trato de las gentes
(haciendo que parezcan diferentes 420
los que unos hizo la naturaleza,
de la lengua por solo la extrañeza),
si fueran comparados
a la mental pirámide elevada
donde —sin saber cómo— colocada
el alma se miró, tan atrasados

se hallaran, que cualquiera
graduara su cima por esfera:
pues su ambicioso anhelo,
haciendo cumbre de su propio vuelo, 430
en la más eminente
la encumbró parte de su propia mente,
de sí tan remontada, que creía
que a otra nueva región de sí salía;
En cuya casi elevación inmensa,
gozosa mas suspensa,
suspensa pero ufana,
y atónita aunque ufana, la suprema
de lo sublunar reina soberana,
la vista perspicaz, libre de antojos, 440
de sus intelectuales y bellos ojos
(sin que distancia tema
ni de obstáculo opaco se recele,
de que interpuesto algún objeto cele),
libre tendió por todo lo criado:
cuyo inmenso agregado,
cúmulo incomprehensible,

aunque a la vista quiso manifiesto
dar señas de posible,
a la comprensión no, que —entorpecida 450
con la sobra de objetos, y excedida
de la grandeza de ellos su potencia—
retrocedió cobarde.

Tanto no, del osado presupuesto,
revocó la intención, arrepentida,
la vista que intentó descomedida
en vano hacer alarde
contra objeto que excede en excelencia
las líneas visuales
—contra el sol, digo, cuerpo luminoso, 460
cuyos rayos castigo son fogoso,
que fuerzas desiguales
despreciando, castigan rayo a rayo
el confiado, antes atrevido
y ya llorado ensayo
(necia experiencia que costosa tanto
fue, que Ícaro ya, su propio llanto
lo anegó enternecido)—,

como el entendimiento, aquí vencido
no menos de la inmensa muchedumbre 470
de tanta maquinosa pesadumbre
(de diversas especies conglobado
esférico compuesto),
que de las cualidades
de cada cual, cedió: tan asombrado,
que —entre la copia puesto,
pobre con ella en las neutralidades
de un mar de asombros, la elección confusa—,
equívoco las ondas zozobraba;
y por mirarlo todo, nada vía, 480
ni discernir podía,
(bota la facultad intelectual en tanta, tan difusa
incomprensible especie que miraba
desde el un eje en que librada estriba
la máquina voluble de la esfera,
al contrapuesto polo)
las partes, ya no sólo,
que al universo todo considera
serle perfeccionantes, 490

a su ornato, no más pertenecientes;

mas ni aun las que integrantes

miembros son de su cuerpo dilatado,

proporcionadamente competentes.

Mas como al que ha usurpado

diuturna obscuridad, de los objetos

visibles los colores,

si súbitos le asaltan resplandores,

con la sobra de luz queda más ciego

—que el exceso contrarios hace efectos 500

en la torpe potencia, que la lumbre

del sol admitir luego

no puede por la falta de costumbre—,

y a la tiniebla misma, que antes era

tenebroso a la vista impedimento,

de los agravios de la luz apela,

y una vez y otra con la mano cela

de los débiles ojos deslumbrados

los rayos vacilantes,

sirviendo ya —piadosa medianera— 510

la sombra de instrumento

para que recobrados
por grados se habiliten,
porque después constantes
su operación más firmes ejerciten
—recurso natural, innata ciencia
que confirmada ya de la experiencia,
maestro quizá mudo,
retórico ejemplar, inducir pudo
a uno y otro galeno 520
para que del mortífero veneno
en bien proporcionadas cantidades
escrupulosamente regulando
las ocultas nocivas cualidades,
ya por sobrado exceso
de cálidas o frías,
o ya por ignoradas simpatías
o antipatías con que van obrando
las causas naturales su progreso
(a la admiración dando, suspendida, 530
efecto cierto en causa no sabida,
con prolijo desvelo y remirada empírica atención,

examinada en la bruta experiencia,
por menos peligrosa),
la confección hicieran provechosa,
último afán de la apolínea ciencia,
de admirable triaca,
¡que así del mal el bien tal vez se saca!—:

no de otra suerte el alma, que asombrada 540

de la vista quedó de objeto tanto,
la atención recogió, que derramada
en diversidad tanta, aun no sabía
recobrase a sí misma del espanto
que portentoso había
su discurso calmado,
permitiéndole apenas
de un concepto confuso
el informe embrión que, mal formado,
inordinado caos retrataba 550
de confusas especies que abrazaba
—sin orden avenidas,
sin orden separadas,
que cuanto más se implican combinadas

tanto más se disuelven desunidas,
de diversidad llenas—,
ciñendo con violencia lo difuso
de objeto tanto, a tan pequeño vaso
(aun al más bajo, aun al menor, escaso).

Las velas, en efecto, recogidas 560

que fío inadvertidas

traidor al mar, al viento ventilante,

—buscando, desatento,

al mar fidelidad, constancia al viento—,

mal le hizo de su grado

en la mental orilla

dar fondo, destrozado,

al timón roto, a la quebrada entena,

besando arena a arena

de la playa el bajel, astilla a astilla 570

donde —ya recobrado—

el lugar usurpó de la carena

cuerda refleja, reportado aviso

de dictamen remiso:

que, en su operación misma reportado

más juzgó conveniente

a singular asunto reducirse,

o separadamente

una por una discurrir las cosas

que viene a ceñirse 580

en las que artificiosas

dos veces cinco son categorías:

reducción metafísica que enseña

(los entes concibiendo generales

en solo unas mentales fantasías

donde de la materia se desdeña

el discurso abstraído)

ciencia a formar de los universales,

reparando, advertido,

con el arte el defecto 590

de no poder con un intuitivo

conocer acto todo lo criado,

sino que, haciendo escala, de un concepto

en otro va ascendiendo grado a grado,

y el de comprender orden relativo

sigue, necesitado

del entendimiento

limitado vigor, que a sucesivo

discurso fía su aprovechamiento:

cuyas débiles fuerzas, la doctrina 600

con doctos alimentos va esforzando,

y el prolijo, si blando,

continuo curso de la disciplina,

robustos le va alientos infundiendo,

con que más animoso

al palio glorioso

del empeño más arduo, altivo aspira,

los altos escalones ascendiendo

—en una ya, ya en otra cultivado

facultad—, hasta que insensiblemente 610

la honrosa cumbre mira

término dulce de su afán pesado

(de amarga siembra, fruto al gusto grato,

que aun a largas fatigas fue barato),

y con planta valiente

la cima huella de su altiva frente.

De esta serie seguir mi entendimiento
el método quería,
o del ínfimo grado
del ser inanimado 620
(menos favorecido, sino más desvalido,
de la segunda causa productiva),
pasar a la más noble jerarquía
que, en vegetable aliento,
primogénito es, aunque grosero,
de Thetis —el primero
que a sus fértiles pechos maternas,
con virtud atractiva,
los dulces apoyó manantiales 630
de humor terrestre, que a su nutrimento
natural es dulcísimo alimento—,
y de cuatro adornada operaciones
de contrarias acciones,
ya atrae, ya segrega diligente
lo que no serle juzga conveniente,
ya lo superfluo expele, y de la copia

la substancia más útil hace propia;
y —esta ya investigada—
forma inculcar más bella, 640
de sentido adornada
(y aun más que de sentido, de aprehensiva
fuerza imaginativa),
que justa puede ocasionar querella
—cuando afrenta no sea—
de la que más lucida centellea
inanimada estrella,
bien que soberbios brille resplandores
—que hasta a los astros puede superiores,
aun la menor criatura, aun la más baja, 650
ocasionar envidia, hacer ventaja—;
y de este corporal conocimiento
haciendo, bien que escaso, fundamento,
al supremo pasar maravilloso compuesto triplicado,
de tres acordes líneas ordenado
y de las formas todas inferiores
compendio misterioso:
bisagra engazadora

de la que más se eleva entronizada 660

naturaleza pura

y de la que, criatura

menos noble, se ve más abatida:

no de las cinco solas adornada

sensibles facultades,

mas de las interiores

que tres rectrices son, ennoblecida

—que para ser señora

de las demás, no en vano

la adornó sabia poderosa mano—: 670

fin de sus obras, círculo que cierra

la esfera con la tierra,

última perfección de lo criado

y último de su Eterno Autor agrado,

en quien con satisfecha complacencia

su inmensa descansó magnificencia:

fábrica portentosa

que, cuanto más altiva al cielo toca,

sella el polvo la boca

—de quien ser pudo imagen misteriosa 680

la que águila evangélica, sagrada
visión en Patmos vio, que las estrellas
midió y el suelo con iguales huellas,
o la estatua eminente
que del metal mostraba máspreciado
la rica altiva frente,
y en el más desechado
material, flaco fundamento hacía,
con que a leve vaivén se deshacía—:
el hombre, digo, en fin, mayor portento 690
que discurre el humano entendimiento;
compendio que absoluto
parece al ángel, a la planta, al bruto;
cuya altiva bajeza
toda participó naturaleza.
¿Por qué? Quizá porque más venturosa
que todas, encumbrada
a merced de amorosa
unión sería. ¡Oh, aunque repetida,
nunca bastantemente bien sabida
merced, pues ignorada 700

en lo poco apreciada
parece, o en lo mal correspondida!
Estos, pues, grados discurrir quería
unas veces, pero otras disentía,
excesivo juzgando atrevimiento
el discurrirlo todo,
quien aun la más pequeña,
aun la más fácil parte no entendía
de los más manuales 710
efectos naturales;
quien de la fuente no alcanzó risueña
el ignorado modo
con que el curso dirige cristalino
deteniendo en ambages su camino
—los horrorosos senos
de Plutón, las cavernas pavorosas
del abismo tremendo,
las campañas hermosas,
los Elíseos amenos, 720
tálamo ya de su triforme esposa,
clara pesquisidora registrando

(útil curiosidad, aunque prolija,
que de su no cobrada bella hija
noticia cierta dio a la rubia diosa,
cuando montes y selvas trastornando,
cuando prados y bosques inquiriendo,
su vida iba buscando
y del dolor su vida iba perdiendo)—;
quien de la breve flor aun no sabía
por qué ebúrnea figura 730
circunscribe su frágil hermosura:
mixtos, por qué, colores
—confundiendo la grana en los albores—
fragante le son gala:
ámbares por qué exhala,
y el leve, si más bello
ropaje al viento explica,
que en una y otra fresca multiplica
hija, formando pompa escarolada 740
de dorados perfiles cairelada,
que —roto del capillo el blanco sello—
de dulce herida de la cipria diosa

los despojos ostenta jactanciosa,
si ya el que la colora,
candor al alba, púrpura al aurora
no le usurpó y, mezclado,
purpúreo es ampo, rosicler nevado:
tornasol que concita
los que del prado aplausos solicita: 750
preceptor quizá vano
—si no ejemplo profano—
de industria femenil que el más activo
veneno, hace dos veces ser nocivo
en el velo aparente
de la que finge tez resplandeciente.
Pues si a un objeto sólo— repetía
tímido el pensamiento—
huye el conocimiento
y cobarde el discurso se desvía; 760
si a especie segregada
—como de las demás independiente,
como sin relación considerada—
da las espaldas el entendimiento,

y asombrado el discurso se espeluzna
del difícil certamen que rehúsa
acometer valiente,
porque teme —cobarde—
comprenderlo o mal, o nunca, o tarde,
¿cómo en tan espantosa 770
máquina inmensa discurrir pudiera,
cuyo terrible incomportable peso
—si ya en su centro mismo no estibara—
de Atlante a las espaldas agobiara,
de Alcides a las fuerzas excediera;
y el que fue de la esfera
bastante contrapeso,
pesada manos, menos ponderosa
su máquina juzgara, que la empresa
de investigar a la naturaleza? 780
Otras —más esforzado—,
demasiada acusaba cobardía
el laudo antes ceder, que en la lid dura
haber siquiera entrado;
y al ejemplar osado

del claro joven la atención volvía

—auriga altivo del ardiente carro—,

y el, si infeliz, bizarro

alto impulso, el espíritu encendía:

donde el ánimo halla 790

—más que el temor ejemplos de escarmiento—

abiertas sendas al atrevimiento,

que una ya vez trilladas, no hay castigo

que intento baste a remover segundo (segunda ambición, digo).

Ni el panteón profundo

—cerúlea tumba a su infeliz ceniza—,

ni el vengativo rayo fulminante

mueve, por más que avisa,

al ánimo arrogante 800

que, el vivir despreciando, determina

su nombre eternizar en su ruina.

Tipo es, antes, modelo:

ejemplar pernicioso

que alas engendra a repetido vuelo,

del ánimo ambicioso,

que —del mismo terror haciendo halago

que al valor lisonjea—

las glorias delecta

entre los caracteres del estrago. 810

O el castigo jamás se publicara,

porque nunca el delito se intentara:

político silencio antes rompiera

los autos del proceso

—circunspecto estadista—;

o en fingida ignorancia simulara

o con secreta pena castigara

el insolente exceso,

sin que a popular vista

el ejemplar nocivo propusiera: 820

que del mayor delito la malicia

peligra en la noticia,

contagio dilatado trascendiendo;

porque singular culpa solo siendo,

dejara más remota a lo ignorado

su ejecución, que no a lo escarmentado.

Mas mientras entre escollos zozobraba,

confusa la elección, sirtes tocando

de imposibles, en cuantos intentaba

rumbos seguir —no hallando 830

materia en que cebarse

el calor ya, pues su templada llama

(llama al fin, aunque más templada sea,

que si su activa emplea

operación, consume, si no inflama)

sin poder excusarse

había lentamente

el manjar transformado,

propia substancia de la ajena haciendo:

y el que hervor resultaba bullicioso 840

de la unión entre el húmedo y ardiente,

en el maravilloso

natural vaso, había ya cesado

(faltando el medio), y consiguientemente

los que de él ascendiendo

soporíferos, húmedos vapores

el trono racional embarazaban

(desde donde a los miembros derramaban

dulce entorpecimiento),

a los suaves ardores 850

del calor consumidos,

las cadenas del sueño desataban:

y la falta sintiendo de alimento

los miembros extenuados,

del descanso cansados,

ni del todo despiertos ni dormidos,

muestras de apetecer el movimiento

con tardos esperezos

ya daban, extendiendo

los nervios, poco a poco, entumecidos, 860

y los cansados huesos

(aun sin entero arbitrio de su dueño)

volviendo al otro lado—,

a cobrar empezaron los sentidos,

dulcemente impedidos

del natural beleño,

su operación, los ojos entreabiertos;

y del cerebro, ya desocupado,

las fantasmas huyeron,

y —como de vapor leve formadas— 870

en fácil humo, en viento convertidas,

su forma resolvieron.

Así linterna mágica, pintadas

representa fingidas

en la blanca pared varias figuras,

de la sombra no menos ayudadas

que de la luz: que en trémulos reflejos

los competentes lejos

guardando de la docta perspectiva,

en sus ciertas mensuras 880

de varias experiencias aprobadas,

la sombra fugitiva,

que en el mismo esplendor se desvanece,

cuerpo finge formado,

de todas dimensiones adornado

cuando a un ser superficie no merece.

III

En tanto, el padre de la luz ardiente,

de acercarse al oriente

ya el término prefijo conocía,

y al antípoda opuesto despedía 890

con trasmontantes rayos:

que —de su luz en trémulos desmayos—

en el punto hace mismo su occidente,

que nuestro oriente ilustra luminoso.

Pero de Venus, antes, el hermoso

apacible lucero

rompió el albor primero,

y del viejo Tithón la bella esposa

—amazona de luces mil vestida,

contra la noche armada,

hermosa si atrevida,

valiente aunque llorosa—,

su frente mostró hermosa

de matutinas luces coronada,

aunque tierno preludio, ya animoso

del planeta fogoso,

que venía las tropas reclutando

de bisoñas vislumbres

—las más robustas, veteranas lumbres

para la retaguardia reservando—, 910

contra la que, tirana usurpadora
del imperio del día,
negro laurel de sombras mil ceñía
y con nocturno cetro pavoroso
las sombras gobernaba,
de quien aun ella misma se espantaba.

Pero apenas la bella precursora
signífera del sol, el luminoso
en el oriente tremoló estandarte,
tocando al arma todos los suaves 920

si bélicos clarines de las aves
(diestros, aunque sin arte,
trompetas sonorosos),
cuando —como tirana al fin, cobarde,
de recelos medrosos
embarazada, bien que hacer alarde
intentó de sus fuerzas, oponiendo
de su funesta capa los reparos,
breves en ella de los tajos claros
heridas recibiendo 930

(bien que mal satisfecho su denuedo,
pretexto mal formado fue del miedo,
su débil resistencia conociendo)—,
a la fuga ya casi cometiéndolo
más que a la fuerza, el medio de salvarse,
ronca tocó bocina
a recoger los negros escuadrones
para poder en orden retirarse,
cuando de más vecina
plenitud de reflejos fue asaltada, 940
que la punta rayó más encumbrada
de los del mundo erguidos torreones.
Llegó, en efecto, el sol cerrando el giro
que esculpió de oro sobre azul zafiro:
de mil multiplicados
mil veces puntos, flujos mil dorados
—líneas, digo, de la luz clara— salían
de su circunferencia luminosa,
pautando al cielo la cerúlea plana;
y a la que antes funesta fue tirana 950
de su imperio, atropadas embestían:

que sin concierto huyendo presurosa
—en sus mismos horrores tropezando—
su sombra iba pisando,
y llegar al ocaso pretendía
con él (sin orden ya) desbaratado
ejército de sombras, acosado
de la luz que el alcance le seguía.
Consiguió, al fin, la vista del ocaso
el fugitivo paso, 960
y —en su mismo despeño recobrada
esforzando el aliento en la ruina—
en la mitad del globo que ha dejado
el sol desamparada,
segunda vez rebelde determina

mirarse coronada,
mientras nuestro hemisferio la dorada
ilustraba del sol madeja hermosa,
que con luz judiciosa
de orden distributivo, repartiendo 970
a las cosas visibles sus colores

iba, y restituyendo
entera a los sentidos exteriores
su operación, quedando a la luz más cierta
el mundo iluminado, y yo despierta.

4) Poesía religiosa

4.1) Romance

A la Encarnación.

Que hoy bajó Dios a la tierra
es cierto; pero más cierto
es, que bajando a María,
bajó Dios a mejor cielo.

Por obediencia del Padre 5
se vistió de carne el Verbo,
mas tal, que le pudo hacer
comodidad el precepto.

Conveniencia fue de todos
este divino misterio, 10
pues el hombre, de fortuna,
y Dios mejoró de asiento.

Su sangre le dio María

a logro, porque a su tiempo,
la que recibe encarnando 15
restituya redimiendo;
si ya no es que, para hacer
la redención, se avinieron,
dando moneda la Madre,
y poniendo el Hijo el sello. 20

Un arcángel a pedir
bajó su consentimiento,
guardándole, en ser rogada,
de reina los privilegios.

¡Oh grandeza de María, 25
que cuando usa el Padre Eterno
de dominio con su Hijo,
use con ella de ruego!

A estrecha cárcel reduce
de su grandeza lo inmenso, 30
y en breve morada cabe
quien sólo cabe en sí mismo.

4.2) Décima

Glosa a San Josef.

*¿Cuán grande, Josef, seréis,
cuando vivís en el cielo,
si cuando estáis en el suelo
a Dios por menor tenéis?*

¿Quién habrá, Josef, que mida 5

la santidad que hay en vos,

si el llamaros padre, Dios,

ha de ser vuestra medida?

¿Qué pluma tan atrevida

en vuestro elogio hallaréis? 10

Pues si lo que merecéis,

el que os quiere definir,

por Dios os ha de medir,

¿cuán grande, Josef, seréis?

Fue tanta la dignidad

que en este mundo tuvisteis, 15

que vos mismo no supisteis

toda vuestra santidad;

porque, acá, vuestra humildad

puso a vuestra virtud velo, 20

porque con tanto recelo

vuestra virtud ignoréis,

y solo la conocéis,

cuando vivís en el cielo.

El Señor os quiso honrar 25

por tan eminente modo,

que aquel que lo manda todo,

de vos se dejó mandar.

Si favor tan singular

mereció acá vuestro celo, 30

no hay por qué tener recelo

de que por padre os tendrá

cuando estáis glorioso allá,

si cuando estáis en el suelo

vos os queréis humillar; 35

mas Dios, con obedecer,

nos quiso dar a entender,

lo que vos queréis negar.

Sois, en perfección, sin par,

y cuanto ocultar queréis 40

lo mucho que merecéis,

porque la naturaleza

conozca vuestra grandeza,

a Dios por menor tenéis.

5) Poesía satírico-burlesca

5.1) Ovillejo

Pinta en jocoso numen, igual con el tan célebre de Jacinto Polo, una belleza.

El pintar de Lisarda la belleza,

en que a sí se excedió naturaleza,

con un estilo llano,

se me viene a la pluma y a la mano.

Y cierto que es locura 5

el querer retratar yo su hermosura,

sin haber en mi vida dibujado,

ni saber qué es azul o colorado,

qué es regla, qué es pincel, obscuro o claro,

aparejo, retoque ni reparo.10

El diablo me ha metido en ser pintora;

dejémoslo, mi musa, por ahora,

a quien sepa el oficio;
mas esta tentación me quita el juicio,
y sin dejarme pizca, 15
ya no solo me tienta, me pellizca,
me cozca, me hormiguea,
me punza, me rempuja y me aporrea.
Yo tengo de pintar, dé donde diere,
salga como saliere, 20
aunque saque un retrato
tal, que después le ponga: aquéste es gato.
Pues no soy la primera
que con hurtos de sol y primavera
echa, con mil primores, 25
una mujer en enfusión de flores;
y después que muy bien alambicada
sacan una belleza destilada,
cuando el hervor se entibia,
pensaban que es rosada, y es endibia. 30
Mas no pienso robar yo sus colores;
descansen, por aquesta vez las flores,
que no quiere mi musa ni se mete

en hacer su hermosura ramillete.

¿Mas con qué he de pintar, si ya la vena 35

no se tiene por buena,

si no forma, hortelana en sus colores,

un gran cuadro de flores?

¡Oh siglo desdichado y desvalido

en que todo lo hallamos ya servido! 40

Pues que no hay voz, equívoco ni frase

que por común no pase

y digan los censores:

¿Eso?, ¡ya lo pensaron los mayores!

¡Dichosos los antiguos que tuvieron 45

sus conceptos de albores,

de luces, de reflejos y de flores!:

que entonces era el sol, nuevo, flamante,

y andaba tan valido lo brillante

que el decir que el cabello era un tesoro, 50

valía otro tanto oro.

Pues las estrellas, con sus rayos rojos,

cuando eran celebradas:

oh dulces luces por mi mal halladas,

dulces y alegres cuando Dios quería; 55

pues ya no os puede usar la musa mía

sin que diga, severo, algún letrado

que Garcilaso está muy maltratado,

y en lugar indecente;

mas si no es a su musa competente 60

y le ha de dar enojo semejante,

quite aquellos dos versos, y adelante.

Digo, pues, que el coral entre los sabios

se estaba con la grana aún en los labios,

y las perlas con nítidos orientes 65

andaban enseñándose a ser dientes;

y alegaba la concha, no muy loca,

que si ellas dientes son, ella es la boca;

y así entonces, no hay duda,

empezó la belleza a ser conchuda. 70

Pues las piedras (¡ay Dios, y qué riqueza!)

era una platería, una belleza,

que llevaba por dote en sus facciones

más de treinta millones.

Esto sí era hacer versos descansado, 75

y no en aqueste siglo desdichado

y de tal desventura,

que está ya tan cansada la hermosura

de verse en los planteles

de azucenas, de rosas y claveles, 80

ya del tiempo marchitos,

recogiendo humedades y mosquitos,

que con enfado extraño

quisiera más un saco de ermitaño.

Y así andan los poetas desvalidos, 85

achicando antiguallas de vestidos,

y tal vez sin mancilla,

lo que es jubón ajustan a ropilla,

o hacen de unos centones

de remiendos diversos, los calzones, 90

y nos quieren vender por extremada,

una belleza rota, y remendada.

¿Pues qué es ver las metáforas cansadas

en que han dado las musas alcanzadas?

No hay ciencia, arte ni oficio, 95
que con extraño vicio,
los poetas, con vana sutileza,
no anden acomodando a la belleza,
y pensando que pintan de los cielos,
hacen unos retablos de sus duelos. 100

Pero diranme ahora
que quién a mí me mete en ser censora,
que de lo que no entiendo es grave exceso;
pero yo les respondo, que por eso,
que siempre el que censura y contradice 105
es quien menos entiende lo que dice.

Mas si alguno se irrita,
murmúreme también, ¿quién se lo quita?

No haya miedo que en eso me fatigue
ni que a ninguno obligue 110

a que encargue su alma, téngansela en su palma y haga lo que quisiere,
pues su sudor le cuesta al que leyere.

Y si ha de disgustarse con leello, 115
vénguese del trabajo con mordello,
y allá me las den todas,

pues yo no me he de hallar en esas bodas.

¿Ven?, pues esto de bodas es constante

que lo dije por sólo el consonante; 120

si alguno halla otra voz que más expresa,

yo le doy mi poder y quítame esa.

Mas volviendo a mi arenga comenzada,

¡válgate por Lisarda retratada,

y qué difícil eres! 125

No es mala propiedad en las mujeres.

Mas ya lo prometí, cumplillo es fuerza,

aunque las manos fuerza,

a acaballo me obligo;

pues tomo bien la pluma, y ¡Dios conmigo! 130

Vaya pues de retrato;

denme un «Dios te socorra» de barato.

¡Ay!, con toda la trampa

que una musa de la hampa

a quien ayuda tan propicio Apolo, 135

se haya rozado con Jacinto Polo

en aquel conceptillo desdichado,

¡y pensarán que es robo muy pensado!

Es, pues, Lisarda, es pues, ¡ay Dios, qué aprieto!

No sé quién es Lisarda, les prometo; 140

que mi atención sencilla,

pintarla prometió, no definilla.

Digo pues, ¡oh qué puses tan soezes!

todo el papel he de llenar de puses.

¡Jesús, qué mal empiezo! 145

Principio iba a decir, ya lo confieso,

y acordéme al instante

que principio no tiene consonante;

perdonen, que esta mengua

es de que no me ayuda bien la lengua. 150

¡Jesús!, y qué cansados

estarán de esperar desesperados

los tales mis oyentes;

mas si esperar no gustan impacientes

y juzgaren que es largo y que es pesado, 155

vayan con Dios, que ya eso se ha acabado,

que quedándome sola y retirada,

mi borrador haré más descansada.

Por el cabello empiezo, estense quedos,
que hay aquí que pintar muchos enredos; 160

no hallo comparación que bien les cuadre:

¡que para poco me parió mi madre!

¿Rayos del sol? Ya aqueso se ha pasado,

la pregmática nueva lo ha quitado.

¿Cuerda de arco de amor, en dulce trance?; 165

eso es llamarlo cerda, en buen romance.

¡Qué linda ocasión era

de tomar la ocasión por la mollera!

Pero aquesa ocasión ya se ha pasado,

y calva está de haberla repelado. 170

Y así en su calva lisa

su cabellera irá también postiza,

y el que llega a cogella,

se queda con el pelo y no con ella;

y en fin después de tanto dar en ello, 175

¿qué tenemos, mi musa, de cabello?

El de Absalón viniera aquí nacido, por tener mi discurso suspendido;

mas no quiero meterme yo en hondura,

ni en hacerme que entiendo de Escritura. 180

En ser cabello de Lisarda quede

que es lo que encarecerse más se puede,

y bájese a la frente mi reparo;

gracias a Dios que salgo hacia lo claro,

que me pude perder en su espesura, 185

si no saliera por la comisura.

Tendrá, pues, la tal frente,

una caballería largamente,

según está de limpia y despejada;

y si temen por esto verla arada, 190

pierdan ese recelo,

que estas caballerías son del cielo.

¿Qué apostamos que ahora piensan todos,

que he perdido los modos

del estilo burlesco, 195

pues que ya por los cielos encarezco?

Pues no fue ese mi intento,

que yo no me acordé del firmamento,

porque mi estilo llano,

se tiene acá otros cielos más a mano; 200

que a ninguna belleza se le veda

el que tener dos cielos juntos pueda.

¿Y cómo? Uno en su boca, otro en la frente,

¡por Dios que lo he enmendado lindamente!

Las cejas son, ¿agora diré arcos? 205

No, que es su consonante luego zarcos,

y si yo pinto zarca su hermosura,

dará Lisarda al diablo la pintura

y me dirá que sólo algún demonio

levantara tan falso testimonio. 210

Pues yo lo he de decir, y en esto agora

conozco que del todo soy pintora,

que mentir de un retrato en los primores,

es el último examen de pintores.

En fin, ya con ser arcos se han salido; 215

mas, ¿qué piensan que digo de Cupido

o el que es la paz del día?

Pues no son sino de una cañería

por donde encaña el agua a sus enojos;

por más señas, que tiene allí dos ojos. 220

¿Esto quién lo ha pensado?

¿Me dirán que esto es viejo y es trillado?

Mas ya que los nombré, fuerza es pintallos,

aunque no tope verso en qué colgallos;

¡nunca yo los mentara 225

que quizás al lector se le olvidara!

Empiezo a pintar pues; nadie se ría

de ver que titubea mi Talía,

que no es hacer buñuelos,

pues tienen su pimienta los ojuelos; 230

y no hallo, en mi conciencia, comparación

que tenga conveniencia con tantos arreboles.

¡Jesús!, ¿no estuve en un tris de decir soles?

¡Qué grande barbarismo! 235

Apolo me defienda de sí mismo,

que a los que son de luces sus pecados,

los veo condenar de alucinados;

y temerosa yo, viendo su arrojito,

trato de echar mis luces en remojo. 240

Tentación solariega en mí es extraña;

¡que se vaya a tentar a la montaña!

En fin, yo no hallo símil competente

por más que doy palmadas en la frente

y las uñas me como; 245

¿dónde el viste estará y el así como, que siempre tan activos

se andan a principiar comparativos?

Mas, ¡ay!, que donde vistas hubo antaño,

no hay así como hogaño. 250

Pues váyanse sin ellos muy serenos,

que no por eso dejan de ser buenos

y de ser manantial de perfecciones,

que no todo ha de ser comparaciones,

y ojos de una beldad tan peregrina, 255

razón es ya que salgan de madrina,

pues a sus niñas fuera hacer ultraje

querer tenerlas siempre en pupilaje.

En fin, nada les cuadra, que es locura

al círculo buscar la cuadratura. 260

Síguese la nariz, y es tan seguida,

que ya quedó con esto definida;

que hay nariz tortizosa, tan tremenda,

que no hay geómetra alguno que la entienda.

Pásome a las mejillas, 265

y aunque es su consonante maravillas,

no las quiero yo hacer predicadores

que digan: «Aprended de mí», a las flores;

mas si he de confesarles mi pecado,

algo el carmín y grana me ha tentado, 270

mas agora ponérsela no quiero;

si ella la quiere, gaste su dinero,

que es grande bobería

el quererla afeitar a costa mía.

Ellas, en fin, aunque parecen rosa, 275

lo cierto es que son carne y no otra cosa.

¡Válgame Dios, lo que se sigue agora!

Haciéndome está cocos el Aurora

por ver si la comparo con su boca,

y el oriente con perlas me provoca; 280

pero no hay que mirarme,

que ni una sed de oriente ha de costarme.

Es, en efecto, de color tan fina,

que parece bocado de cecina;

.y no he dicho muy mal, pues de salada, 285

dicen que se le ha puesto colorada.

¿Ven como sé hacer comparaciones

muy propias en algunas ocasiones?

Y es que donde no piensa el que es más vivo,

salta el comparativo; 290

y si alguno dijere que es grosera

una comparación de esta manera,

respóndame la musa más ufana:

¿es mejor el gusano de la grana,

o el clavel, que si el gusto los apura, 295

hará echar las entrañas su amargura?

Con todo, numen mío,

aquesto de la boca va muy frío:

yo digo mi pecado,

ya está el pincel cansado; 300

pero pues tengo ya frialdad tanta,

gastemos esta nieve en la garganta,

que la tiene tan blanca y tan helada,

que le sale la voz garapiñada.

Mas por sus pasos, yendo a paso llano, 305

se me vienen las manos a la mano:
aquí habré menester grande cuidado,
que ya toda la nieve se ha gastado,
y para la blancura que atesora,
no me ha quedado ni una cantimplora; 310
y fue la causa de esto
que como iba sin sal, se gastó presto.
Mas, puesto que pintarla solícito,
¡por la Virgen!, que esperen un tantito,
mientras la pluma tajo 315
y me alivio un poquito del trabajo;
y por decir verdad, mientras suspensa
mi imaginación piensa
algún concepto que a sus manos venga.
¡Oh si Lisarda se llamara Menga!320
¡Qué equívoco tan lindo me ocurría,
que solo por el nombre se me enfría!
Ello, fui desgraciada
en estar ya Lisarda bautizada.
Acabemos, que el tiempo nunca sobra; 325
a las manos, y manos a la obra.

Empiezo por la diestra

que, aunque no es menos bella la siniestra,

a la pintura, es llano,

que se le ha de asentar la primer mano. 330

Es, pues, blanca y hermosa con exceso,

porque es de carne y hueso,

no de marfil ni plata, que es quimera

que a una estatua servir solo pudiera;

y con esto, aunque es bella, 335

sabe su dueño bien servirse de ella,

y la estima bizarra,

mas que no porque luce, porque agarra;

pues no le queda en fuga la siniestra,

porque aunque no es tan diestra 340

y es algo menos en su ligereza,

no tiene un dedo menos de belleza.

Aquí viene rodada

una comparación acomodada;

porque no hay duda, es llano, 345

que es la una mano como la otra mano.

Y si alguno dijere que es friolera

el querer comparar de esta manera,
respondo a su censura
que el tal no sabe lo que se mormura, 350
pues pudiera muy bien naturaleza
haber sacado manca esta belleza,
que yo he visto bellezas muy hamponas,
que si mancas no son, son mancarronas.

Ahora falta a mi musa la estrechura 355
de pintar la cintura;
en ella he de gastar poco capricho,
pues con decirlo breve, se está dicho:
porque ella es tan delgada,
que en una línea queda ya pintada. 360

El pie yo no lo he visto, y fuera engaño
retratar el tamaño,
ni mi musa sus puntos considera
porque no es zapatera;
pero según airoso el cuerpo mueve, 365
debe el pie de ser breve,
pues que es, nadie ha ignorado,
el pie de arte mayor, largo y pesado;

y si en cuenta ha de entrar la vestidura,
que ya es el traje parte en la hermosura, 370

«el hasta aquí» del garbo y de la gala
a la suya no iguala,
de fiesta u de revuelta,
porque está bien prendida y más bien suelta.

Un adorno garboso y no afectado, 375

que parece descuido y es cuidado;

un aire con que arrastra la tal niña

con aseado desprecio la basquiña,

en que se van pegando

las almas entre el polvo que va hollando. 380

Un arrojar el pelo por un lado,

como que la congoja por copado,

y al arrojar el pelo,

descubrir un: ¡por tanto digo «cielo»,

quebrantando la ley!, mas ¿qué importara 385

que yo la quebrantara?

A nadie cause escándalo ni espanto,

pues no es la ley de Dios la que quebranto;

y con tanto, si a ucedes les parece,

será razón que ya el retrato cese, 390

que no quiero cansarme,

pues ni aun el costo de él han de pagarme;

veinte años de cumplir en mayo acaba:

Juana Inés de la Cruz la retrataba.

5.2) Epigrama

Redondillas, que muestran a un sargento las circunstancias que le faltan.

De alarbarda vencedora

un tal sargento se armó;

mas luego él y ella paró

en lo que contaré ahora:

a ella, una A se desvanece, 5

porque la albarda suceda;

a él el sar, en sarna se queda;

y él argento no parece.

5.3) Epigrama

Que dan el colirio merecido a un soberbio.

El no ser de padre honrado

fuera defecto, a mi ver,
si como recibí el ser
de él, se lo hubiera yo dado.

Más piadosa fue tu madre, 5
que hizo que a muchos sucedas:
para que, entre tantos, puedas
tomar el que más te cuadre

5.4) Redondillas

Arguye de inconsecuentes el gusto y la censura de los hombres, que en las mujeres acusan lo que causan.

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión,
de lo mismo que culpáis:
si con ansia sin igual 5
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien,
si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia,
y luego, con gravedad, 10
decís que fue liviandad

lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo

de vuestro parecer loco,

al niño que pone el coco 15

y luego le tiene miedo.

Queréis, con presunción necia,

hallar a la que buscáis,

para pretendida, Tais,

y en la posesión, Lucrecia. 20

¿Qué humor puede ser más raro

que el que falta de consejo,

él mismo empaña el espejo,

y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén 25

tenéis condición igual,

quejándoos, si os tratan mal,

burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,

pues la que más se recata, 30

si no os admite, es ingrata,

y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis

que, con desigual nivel,

a una culpáis por cruel, 35

y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada

la que vuestro amor pretende,

si la que es ingrata, ofende,

y la que es fácil, enfada? 40

Mas entre el enfado y pena

que vuestro gusto refiere,

bien haya la que no os quiere,

y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas 45

a sus libertades alas,

y después de hacerlas malas,

las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido

en una pasión errada, 50

la que cae de rogada,

o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,

aunque cualquiera mal haga,

la que peca por la paga, 55

o el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis

de la culpa que tenéis?

Queredlas cual las hacéis,

o hacedlas cual las buscáis. 60

Dejad de solicitar,

y después, con más razón,

acusaréis la afición

de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo 65

que lidia vuestra arrogancia,

pues en promesa e instancia,

juntáis diablo, carne y mundo.

5.5) Soneto

Inés, cuando te riñen por bellaca.

Inés, cuando te riñen por Bellaca,

para disculpas, no te falta Achaque

porque dices, que traque, y que Barraque

con que sabes muy bien tapar la Caca.

Si coges la palabra, no hay Urraca, 5

que así la gorja de mal año Saques

y con tronidos, más que un triqui Traque,

a todo el Mundo aturdes, cual Matraca.

Este bullicio todo lo Trabuca,

este embeleco todo lo Embeleca, 10

más, aunque eres (Inés) tan mala Cuca,

sabe mi amor muy bien lo que se Peca,

y así con tu afición no se Embabuca,

aunque eres Zancarrón, y yo de Meca.

5.6) Soneto

Jocoso, a la rosa.

Señora Doña Rosa, hermosa amago

de cuantas flores miran Sol y Luna:

¿cómo, si es dama ya, se está en la cuna,

y si es divina, teme humano estrago?

¿Cómo, expuesta del cierzo al rigor vago, 5

teme humilde el desdén de la fortuna,

mendigando alimentos, importuna,

del turbio humor de un cenagoso lago?

Bien sé que ha de decirte que el respeto

le pierdo con mi mal limada prosa. 10

Pues a fe que me he visto en harto aprieto;

y advierta vuesarced, señora Rosa,

que le escribo, no más, este soneto

porque todo poeta aquí se roza.

Bibliografía citada:

De la Cruz, sor Juana Inés (1982). Inundación castálida. Sabat de Rivers, Georgina (ed.). Madrid: Castalia. Accesible en [https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/inundacion-castalida--0/html/e59d0e1e-7e62-4169-9386-247b6678ec06_1.html#l_1_\(23/03/2022\)](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/inundacion-castalida--0/html/e59d0e1e-7e62-4169-9386-247b6678ec06_1.html#l_1_(23/03/2022)) De la Cruz, sor Juana Inés (1689) Inundación castálida de la única poetisa musa décima Madrid: Juan García Infanzón.

De la Cruz, sor Juana Inés (2007). Poesía Lírica. González Boixo, José Carlos (ed.). Madrid: Cátedra.